



La Trama de la Comunicación

ISSN: 1668-5628

latramaunr@gmail.com

Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Gamen, Alejandro

El espacio en "Una sombra ya pronto serás" de Osvaldo Soriano

La Trama de la Comunicación, vol. 12, 2007, pp. 295-301

Universidad Nacional de Rosario

Rosario, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=323927062021>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El espacio en "Una sombra ya pronto serás" de Osvaldo Soriano*

Por Alejandro Gamen

* Trabajo final del seminario "Periodismo y literatura" de la Carrera de Comunicación Social. Facultad de Ciencia Política y RR. II. Universidad Nacional de Rosario

Sumario:

Este ensayo, disfrazado de relato, busca establecer conexiones posibles entre la literatura de Osvaldo Soriano y la "literatura menor" de la que habla Deleuze. Para ello, exploraremos su novela "Una sombra ya pronto serás", desde el punto de vista de Soriano y sus compañeros de viaje, Gilles Deleuze, Roland Barthes, y el autor de este ensayo. Es, además, una digresión sobre la literatura argentina y su lugar privilegiado en la búsqueda del "ser nacional", así como un análisis literario basado en líneas e intensidades más que en personajes y estructuras. Es una cartografía de ese espacio aparentemente ilimitado que instala Soriano, en el que, siguiendo a otros ilustres escritores, la literatura se vuelve la forma de expresión de una ontología nacional.

Descriptor:

Soriano - Deleuze - Barthes - literatura menor - inmanencia - ontología

Summary:

This essay, disguised as a tale, seeks to establish plausible connections between Osvaldo Soriano's literature and the "minor literature" that Deleuze talks about. To do that, we'll explore his novel "Una sombra ya pronto serás", from the perspective of Soriano himself, and that of his fellow travelers, Gilles Deleuze, Roland Barthes, and the author of this essay. It's also a digression on argentinian literature and its privileged spot on the search for a "national being", as well as a literary analysis based on lines and intensities instead of characters and structures. It's a cartography of that apparently endless space that Soriano creates, in which, following other illustrious writers, literature becomes the form of expression of a national ontology

Describers:

Soriano - Deleuze - Barthes - minor literature - immanence - ontology

La escritura es un modo de dar nombre a la locura. Personal, grupal o epocal. Es la conjuración de los magos, que al dar nombre a los demonios pueden entonces someterlos, o al menos mantenerlos a raya. Decir esto, ojo, no implica pensar en la literatura como catarsis, sino como clínica. Es un modo de diagnosis, en que a partir de las propias afecciones podemos extender nuestro análisis al cuerpo social. No como médico-sacerdote que ve lo malo solo afuera y nunca en el espejo, sino una crítica-clínica, que por medio del análisis "subjetivo" logra expresar lo afectivo de la "realidad" que siempre nos parece ajena, pero que nos permea, forma parte de nosotros, es desde donde hablamos, pensamos, nuestro agenciamiento colectivo de enunciación, dice Gilles, y lo mando a callar. Nunca me deja terminar. Es desde el agenciamiento colectivo que hablamos, que somos, y toda literatura es una manifestación del mismo.

- Pero manifestación tiene dejos un poco metafísicos, no? Mejor sería decir "expresión", acota Roland. No le doy bola. Expresión suena muy a "estructuralista de mesita de luz".

Me morfo un bache en el camino, el auto salta y todos puteamos al unísono. Sigo. Ningún bache argumental-metafórico me va a parar ahora que estoy embalado.

Le digo al gordo que el paisaje me agota, que lo cambie. ¿Qué querés que haga? Si lo hubiera podido cambiar no lo habría escrito. Y Gilles, que me clava las rodillas en el respaldo del asiento, se lanza en una diatriba colosal por su falta de puntos o comas.

"Justamente estaba pensando en el paisaje-espacio como un campo de inmanencia vagamente estriado en el pasado y ahora resquebrajándose dejando al campo como un desierto lugar que no puede ser trazado mapeado cartografiado es un mar un mar antes de las cartas navales solo se lo puede habitar moviéndose pero moverse es estar quieto ser nómade es eso rehusar irse".

El franchute sí que divaga, pienso, pero no es justo porque en realidad lo entendí, y envidié su claridad de fabricante de lentes. El argentino es nómade, le doy la razón. Obvio que no como los beduinos, pero

ni siquiera como los europeos o los yanquis con sus migraciones de una ciudad a otra, de un país a otro como calzoncillos que uno se puede poner y dejar.

- La argentina es el calzón roto que no podemos tirar porque le tenemos cariño y es cómodo. Aunque deja entrar el frío por el culo - dice el gordo leyéndome la mente mientras recarga la pipa con la que nos ahoga.

- A ver, seguí - lo provoqué.

- No, mejor no. Es una metáfora chota, un lugar común. Como el de que la única salida de acá es Ezeiza. Me pudren los pesimistas. - dice, enojándose consigo mismo.

- ¿Y vos... no sos pesimista? - le digo.

- Para nada - responde categóricamente, y un poco ofendido.

- Me pareció ver un réquiem en una de sus escenas, la del...

- la de los ladrones de cables y los músicos en la ruta... pero, no, todos entendieron mal... no es un pesimismo activo pegado a la descripción realista o a la alegoría. Es un relato de una sensación de superficie y no de profundidad histórica o psicológica. Muchos han tratado de descubrir en las letras el espíritu del país.

- Y, la literatura consiste en eso, la mayoría de las veces...

- Es lo que les intentaba explicar antes respecto a los agenciamientos colectivos - intervino Gilles - En toda literatura menor hay un pueblo por construir, un pueblo que está ahí nomás, en la superficie, y le falta la voz.

- Si, supongo. Desde Sarmiento para acá, lo intentaron todos. Borges se acercó, pero Marechal estuvo más cerca, me parece - dijo Soriano.

Saco la cabeza por la ventana, la cabeza me hierve un poco ahí dentro. Miro la ruta que se extiende bajo mis ruedas, el alambrado inconstante y el sol que nos mira aburrido. Éste es el desierto, que han convertido en pampa y sueños tantos escritores y artistas que buscaban algo esencial y atávico por fuera de los laberintos de la metrópolis. ¿Por qué seguimos ligando ese destino nuestro al de los caminos vacíos? ¿Es

una cuestión de tradición literaria e idealismo de lo autóctono, de rechazo de lo urbano que nos parece que nos queda grande? ¿Será que nuestro verdadero hogar es el campo y la ruta?

Creo escuchar sus objeciones antes incluso de revelar mis iluminaciones profanas. El gordo me pasa la pipa, más para que me calle que por cortesía.

- ¿Confundís la geografía con la física, y para colmo te me ponés metafísico?

- ¿Eh? - atino.

Soriano sacude la cabeza vigorosamente, como preludio de su inminente diatriba.

- No hay "campo", o "sur" ideal en mi novela... cómo explicarte...

- ¿Me permite? - la cabeza de Gilles irrumpe a través del espacio entre los asientos.

- Faltaba más.

- Es que quizás no fui claro con lo que dije al principio... lo del campo de inmanencia.

- Es que usted habla a otra velocidad.

- Este espacio del que habla su amigo en la novela no es un espacio ideal y metafórico-trascendente, ésa es una imagen de pensamiento que habita toda la cultura (y por extensión, la literatura) de su país. Es un plano superpuesto al que habitamos inmanentemente. En eso se equivocan la mayoría de ustedes, pero no el amigo Soriano. Lo que han buscado erróneamente es una realidad inmanente en un plano exterior y trascendente, cuando sólo se la puede encontrar aquí mismo. De ahí que Soriano use el sinsentido y la falta de referencias fijas como modo de demostrar la inmanencia del campo. Por ello no se trata de un viaje re-territorializador, realista y metafórico sino de un movimiento desterritorializante, irreal y de superficie.

- Quizás pueda expresarlo en otros términos. - Roland, hasta ahora callado, irrumpe en la conversación con la parsimonia de un elefante.

- Adelante - lo invita Gilles.

- A ver... para llevar a buen puerto el argumento de mi compatriota se hace necesario introducir un concepto suyo que me he apropiado en algunos de mis análisis. Me refiero a la individuación, que Gilles complementa

con la aclaración por haecceidades, un concepto que toma de Duns Scoto y a través de los estoicos. La *haecceidad* puede ser una estación, un invierno, un verano, una hora, una fecha, tienen una individualidad perfecta, en ellas todo es poder de afectar y ser afectado. La individuación por haecceidad se opone a las individuaciones por subjetividad y sustancialidad, más comunes en Occidente, mientras que la primera es la forma dominante en la tradición oriental, como en el haiku, que captura la temporalidad propia del acontecimiento. Esto no significa que la haecceidad se oponga a los sujetos, ya que como dice Gilles, no hay sujeto sino únicamente un agenciamiento colectivo de enunciación. Todo el agenciamiento en su conjunto individuado resulta ser una haecceidad; se define por una longitud y una latitud, por velocidades y afectos, independientemente de las formas y de los sujetos. Y además, la individuación de una vida no es la misma que la del sujeto que la lleva o soporta, eso mismo le dice la adivina al personaje sin nombre de la novela, que está cansado de llevarse puesto. La "verdad", si se quiere, del sujeto, no es la misma que la de su vida. Uno es un sujeto formado, subjetivado, el otro es un acontecimiento en sí mismo. Eso me recuerda a la eudaimonia de los griegos... uno nunca puede conocer su daimon, la verdad de sí mismo, ya que uno no puede dejar de ser sujeto, mientras que los otros, a pesar de su conocimiento limitado, pueden saber más de nuestra verdad, de la haecceidad que nos habita.

- Yo mismo no lo podría haber explicado mejor - lo halaga Gilles, y tiene razón.

- ¿Continúa usted? - lo invita Roland.

- Sí, gracias. Como bien explicara el Sr. Barthés, la subjetividad debe ser asumida como móvil, como mutación discontinua, choques azarosos de intensidades que nos conforman al adquirir consistencia. En este sentido, los personajes de Soriano son intensidades puras, flotantes, que chocan como en un acelerador de partículas, y en esa interacción devienen (no son). Por ello es un error obscuro intentar adherirles significaciones sociales o sentidos alegóricos más o menos profundos: no es esa la cuestión. Eso es buscar

la profundidad en un libro que es manifiestamente de superficie (que no es lo mismo que superficial). No hay lugares físicos y sujetos cargados de simbolismo, por ello es que los lugares son siempre los mismos e indistinguibles, y que los personajes carecen de la "profundidad" que esperan los lectores clasicistas. Los lugares son sólo unos oasis en el desierto, y los personajes son menos sujetos que individuaciones por haecceidades, vectores que apuntan en una dirección sin cesar.

- Parece que todos estuvieran a mitad de camino de algo... - digo.

- Exacto. Son procesos interrumpidos. Desde Coluccini y su línea de fuga cortada a Bolivia, pasando por Lem y sus intentos de empezar una *Vita Nova*, la adivina que no termina de irse... todos terminan dando vueltas en torno a lo mismo, huyen en círculos. Pero no huyen sin nada: todos llevan su pasado a cuestas, cargado en sus autos y en sus frentes. Y huyen pero sin rendirse, se fugan buscando armas, armas con las que armarse de nuevo, medio a los golpes, pero en busca de un nuevo territorio, que no necesariamente está lejos. El mismo personaje principal es un claro ejemplo. Él ya ha efectuado una fuga, pero fue trunca, ya que terminó volviendo, reterritorializándose y quedando atrapado en ese agujero negro que es la Argentina.

- Che, tampoco para tanto... - salta Soriano.

- Es como si todos intentaran escapar, no necesariamente del país, pero sí de su situación personal. Pero es como si no pudieran correr lo suficientemente rápido para escapar a la atracción gravitacional del país. - salto yo.

- Eso es lo que quise decir. Nadie puede pasar de la tercera en la caja de cambios. No se puede acelerar a fondo, solo mantenerse a velocidad de crucero. A flote.

Es el mismo caso con los dos militares que aparecen hacia el final de la novela. Sin batallón y exiliados del tiempo; no constituyen una crítica encubierta o una alegoría simple. Son, justamente, simples carteles o veletas abandonadas en un camino perdido, procesos

de subjetivación interrumpidos que se han vuelto paranoicos, formas de expresión de un agenciamiento perimido pero que aún coletea en el barro de la historia de su país.

Soriano escucha atentamente y recién ahora interviene.

- Lo que pensaba en el momento de la obra era en la conciencia colectiva... después de todo lo que había pasado, parecía que el olvido y la aceptación mansa de lo que estaba sucediendo era el espíritu dominante de la época. Y eso me parecía muy peligroso, no solo por lo que el olvido comporta, sino porque no había una autocritica en ningún sector de la sociedad, y por eso mismo, en comparación con las dictaduras, todo parecía más benigno e inofensivo. Parecía que lo que pasó, y lo que estaba pasando, le había sucedido a otro pueblo, o que sus causas profundas nos eran completamente ajenas e inasibles. Mi libro fue una respuesta a una sensación que sentí en esos años...

Un silencio abrumador se impuso sobre el auto. Soriano prendió nuevamente la pipa, que se le apagaba continuamente. Fue Gilles el que rompió la tensión finalmente.

- Estaba pensando en un tema relacionado... Se ha dicho que la literatura estadounidense es una búsqueda del padre. No sé si toda la literatura, ya que sería una afirmación discutible, pero el lugar del padre es sin duda uno de sus temas predilectos

- Si, no me acuerdo quien lo dijo... - acoto con poco éxito.

- Lo que me asombra es lo siguiente: si la búsqueda del paterno se debe, como han argumentado muchos pensadores, a la diversidad racial de los Estados Unidos, a su falta de una raíz común... ¿por qué no sucede lo mismo con la literatura argentina, que comparte estas mismas características a un grado mayor que otros países?

- Es por el fracaso - afirmó Soriano con autoridad a través de una nube de humo. - Los yanquis escondieron todas sus diferencias bajo el colchón. La hicieron fácil. Una guerra civil y chau los problemas intestinos. Después, el éxito tapó todo lo diverso, de manera

que el único modo de encontrar una identidad propia fue (y es) la búsqueda subterránea, genealógica, de una raíz única.

- Es, después de todo, una búsqueda trascendental suscitada por la falta de una noción de identidad nacional. - digo.

- Más o menos - interviene Roland. - No tanto por la falta de identidad sino por la necesidad de formarse un rostro. ¿No, Gilles?

- Me leíste la mente. Sí, pensaba en eso, en la necesidad de ponerle un rostro a la máquina. Hacia ello han ido todos sus intentos (más exitosos que los de los otros países americanos) de homogeneizar su historia y hacer de sus próceres verdaderos mitos. Y eso se conecta con la necesidad individual de trascendencia, encarnada en la literatura. El escritor busca hacerse un rostro (a partir de uno paterno) que lo separe del Rostro americano.

- ¿Y en qué consiste la diferencia con nuestro país? Me perdi. - admito.

- En que nunca pudimos armar ni con ladrillos ni con alambre una identidad nacional, pibe. - me dice Soriano, medio enfadado por remarcar lo obvio. Nuestro problema fue siempre crearla, no luchar contra ella. Y en ese intento de crearla, siempre fallido, nació como hijo deforme lo que actualmente pasa por identidad: ese pesimismo disfrazado de arrogancia que bien sabemos exportar. Acá no nos falta un padre personal, acá nos faltó siempre un padre estatal... la sombra del Estado que existió en nuestra mente y que desde siempre nos falta... éso es lo que motiva a la literatura argentina.

- ¿De eso se trata, después de todo, no? - pregunta Barthes - De lo que sucedió en los 80s y que se agravaría en los 90s... el desmantelamiento de esa enorme máquina estatal, su fraccionamiento y venta por kilo al mejor postor.

- Hay algo de eso. Parecía que se rifaba todo, que la manera de solucionar todos los problemas y olvidar todo lo pasado era deshaciéndose de todo lo que habíamos ganado. El pozo lo hicimos nosotros, pero terminamos vendiéndolo para salir de él. Y nos que-

damos con un pozo más grande y sin nada de lo que habíamos construido. Pero teníamos microondas. Y los que no, a cortar cables o juntar cartones.

- En ese sentido me parece que vale la pena hablar de una literatura menor, y de un quiebre estilístico con la literatura argentina previa al '76. Una literatura menor es aquella que hace un uso menor de un lenguaje mayor, el lenguaje es desterritorializado. Siempre es política, lo personal se magnifica por la vibración de una historia que la habita. Y tiene un valor de enunciación colectivo ya que, debido a que la conciencia colectiva o nacional suele estar inactiva en la vida exterior del sujeto (y siempre está en un proceso de ruptura), la literatura es cargada positivamente con el rol y función de la enunciación colectiva, incluso revolucionaria. No voy a analizar toda la literatura argentina, por desconocimiento que admito libremente, pero Arlt establece una máquina literaria maravillosamente minoritaria, más allá de su popularidad. La manera en que utiliza el lenguaje, no solamente en lo estilístico, es completamente novedosa, y va en contra de la tradición "mayor" de la literatura argentina, hablando desde un agenciamiento que le es ajeno a los escritores de "café literario".

- Pero también podemos ver toda la literatura argentina como una literatura menor o desterritorialización de la literatura española... - digo.

- No me parece que la relación sea tan simple, especialmente por la multiplicidad que forman las distintas lenguas dentro del "argentino", desde las lenguas europeas, los dialectos criollos e indígenas, los del resto de Latinoamérica, y la influencia de Estados Unidos. Habría que explorar algún caso puntual, en otro momento. A lo que quería llegar ahora es al valor enunciativo de la novela del señor Soriano, que por el momento que le tocó ocupar, se vio obligado a asumir esa función colectiva y política, minoritaria, en la mayoría de sus obras. Esa desterritorialización del lenguaje (no solo de la lengua) requiere una fuerza adquirida mediante la sobriedad y la pobreza autoimpuesta, que empuja los límites para que solo queden las intensidades. Es la línea de fuga de Kafka, el len-

guaje que escapa a la representación y al significado, del mismo modo que el arte abstracto escapa a la figuración, a la imitación de la vida. Esta elección, que no sólo es estilística sino política, e incluso filosófica, sólo se da en ciertos autores en momentos de crisis del socius. Como dije, se da en Kafka y en Arlt, ambos escritores "menores" dentro de la maquinaria de su tiempo, y en posiciones desterritorializadas respecto a la literatura mayor (judío checo que escribe en alemán; argentino autodidacta que escribe en el "lenguaje de los argentinos" y no en el de los literatos). Y también se da en Soriano...

Un estallido lo interrumpió, aunque creo que ya no tenía nada para decir. De milagro logré mantener el control del auto, y lo dirigí a la banquina.

- Estamos en llanta - dije - Y no traje repuesto.

- Mmfff. Típico. - dijo Roland.

Soriano y yo nos miramos sin decir nada.

Bajamos del auto para inspeccionar el daño. Si, habíamos pinchado.

- ¿Qué carajo hacemos ahora? - dijo el gordo.

Lo pensé por un momento.

- Y... quédense acá que voy a buscar una estación de servicio... o un teléfono.

- Te acompaño - ofreció Soriano.

- No, dejá, quedate con los franceses. Ya veo que les roban, o peor.

- Bueno, andá por la sombra. Y no cruces el alambrado.

Me alejé por la ruta. Después de unos minutos miré para atrás y ya no los vi, ni al auto. Me imaginé a Soriano explicándoles a los franceses a jugar al truco.

El sol empezó a agobiarme, y me coloqué la camisa como turbante. Perdí la noción del tiempo y de mis extremidades, sólo veía el espejismo en el horizonte y el sudor en mis pestañas. No llevaba agua, ni brújula, ni reloj. Estaba quieto, aunque me movía. En algún momento indeterminado caí de rodillas al piso, y con la misma inconciencia, me levanté y seguí. El paisaje se esfumó ante mis ojos, reemplazado por la percepción háptica del espacio. La presión del aire en mi piel, la

inclemencia del asfalto y el olor de la tierra seca, la percepción acústica del silencio. Entendí entonces algo de lo que me decían hace un rato. ¿Qué trascendencia es posible pensar en este espacio? Esto es lo que hay, el desierto de lo real, lo demás es una imposición y una impostura.

Estaba en la inmanencia, en la patria real y no alegórica. Los alambrados seguían estando, pero parecían tener menos sentido a cada paso. Tropecé con una piedra y caí nuevamente. Pensé en levantarme, pero mis brazos no me hicieron caso. Cerré los ojos.

Me desperté al volante. Estaba sudado y confundido. Ya era de noche y no había nadie más. Seguía en la banquina, y me pregunté que hacía ahí. Debí haber estado cabeceando mientras manejaba, y logré parar a un lado de la ruta antes de desvanecerme. ¿Adónde iba?

Arranqué y salí de vuelta al camino. Estaba oscuro, nada a la vista. Puse tercera, no podía ver más allá de un par de metros con mis débiles faros. Me podía llevar puesta una vaca si no tenía cuidado.

Igualmente, puse cuarta y enfilé tras esa línea tenue que había en el piso. Dondequiera que ella llevara.

Bibliografía:

- SORIANO, O. *Una sombra ya pronto serás*, Seix Barral, Buenos Aires, 2003.

- DELEUZE, G. *Crítica y Clínica*, Anagrama, Barcelona, 1996.

- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. *Mil Mesetas*, Pre-textos, Valencia, 1998.

- BARTHES, R. *La preparación de la novela*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2005.

Registro Bibliográfico

GAMEN, Alejandro

"El espacio en 'Una sombra ya pronto serás' de Osvaldo Soriano" en La Trama de la Comunicación, Volumen 12, Anuario del Departamento de